



## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA I.

SIMON *solo.*

SIMON.

¡Qué ganas tengo de ver  
á mi señor don Anselmo  
y de abrazarle! tres años  
(como quien dice tres credos)  
hace ya que su merced  
nos envió á Madrid, cediendo  
de su sobrino querido  
á los incesantes ruegos,  
y otros tres hace también  
que obediente á sus preceptos,  
dejé de ser criado suyo  
para serlo de don Diego;

porque al fin, siempre conviene  
que un criado antiguo... mas siento  
pasos... calla, si será  
don Anselmo, sí, en efecto.  
él es.

## ESCENA II.

DON ANSELMO Y SIMON.

D. ANSELMO.

Sensibilidad:  
más habladora, no pienso  
hallarla en toda mi vida,  
cáspita y que... Simonzuelo.

SIMON.

Señor.

D. ANSELMO.

Muy caro te vendes.

SIMON.

¿Conque me echó vd. de menos?

D. ANSELMO.

Pues no.

SIMON.

Cuando vd. llegó  
estaba en el coliseo,  
y por eso, ya se vé  
no estaba en casa.

D. ANSELMO.

Lo creo.

¿Y qué comedia te han dado?

SIMON.

El mágico de Salerno.  
¡Si viera vd. cuánta gente!

D. ANSELMO.

Como el tal es hechicero,  
la habrá llevado por magia.

SIMON.

No señor; pero hay sus vuelos,  
y sus maromas pintadas,  
y su poquito de infierno,  
y después para acabar  
hay su gloria.

D. ANSELMO.

Muy bien hecho;  
no puede haber un final  
que más convenga.

SIMON.

Y por eso  
va la gente, porque al cabo  
á todos gusta lo bueno.

D. ANSELMO.

Tienes razón.

SIMON.

Pero vaya,  
¿cómo encontráis á don Diego?

D. ANSELMO.

Muy bien.

SIMON.

¿No habéis reparado  
que estirón ha dado?

D. ANSELMO.

Cierto.

SIMON.

¡Y qué bueno está!

D. ANSELMO.

Parece  
canónigo de Toledo,  
cuando en lo gordo no sea,  
en lo sano y satisfecho.

SIMON.

¡Ya! tal vida se mama.

D. ANSELMO.

¡Oiga!  
según eso ¿está contento?

SIMON.

¡Tomal pudiera no estarlo,  
yo también lo estoy.

D. ANSELMO.

Me alegre  
infinito . . .

SIMON.

Si señor;  
si desde que el casamiento  
se trató, puede decirse

que estamos en nuestro centro,  
pues se nos mima y regala  
y cuida y . . .

D. ANSELMO.

Pues Simón, puedo  
asegurarte que nada,  
nada, me complace menos  
que esos mismos regalos.

SIMON.

¿Y por qué?

D. ANSELMO.

Porque por ellos  
sin duda encuentro á Dieguito,  
muy mudado.

SIMON.

No lo entiendo.

D. ANSELMO.

Yo sí; Dieguito allá en casa  
no era ningún lince, pero  
era moderado, humilde,  
y callaba por lo menos.  
Figúrate mi sorpresa  
cuando esta noche lo encuentro  
muy pagado de sí mismo,  
charlatán hecho y derecho,  
tirar tajos y reveses  
á todo y por todo, luego  
no se yo lo que te diga  
de la casa de don Cleto,

todo en ella me parece  
simple, estudiado, embustero  
y... por fin nada me gusta  
ni la novia, ni los suegros,  
ni el amigo.

SIMON.

Ya ve vd.,  
como en casa era chicuelo,  
todo el mundo le reñía,  
y no es extraño que miedo  
tuviese, pero ahora es novio,  
y sin duda...

D. ANSELMO.

El majadero  
no conoce que le adulan  
y le engañan; dí, ¿no es esto  
lo que me quieres decir?

SIMON.

¡Engañarle! ni por pienso,  
no señor, ¿quién dice tal?  
una cosa es que atendiendo  
á su cualidad de novio  
y atentos y placenteros  
á todo digan que sí,  
reservando los denuestos  
para después de casado,  
y otra cosa es que su intento  
sea engañarle.

D. ANSELMO.

Pero dime  
¿y qué son los cumplimientos  
los gestos, las reverencias,  
sino engaños y embelesos  
con que los hombres disfrazan  
interesados proyectos?  
En la sociedad, Simón,  
por un tácito convenio  
se recibe esta moneda,  
y aunque sólo para el necio  
tenga algún valor, los otros  
no la desairan por eso  
y la guardan.

SIMON.

¿Para que?

D. ANSELMO.

Para el escarmiento ajeno.

SIMON.

Bien sabe Dios que no sé  
donde vá á parar...

D. ANSELMO.

Lo siento;  
pero pronto lo sabrás,  
Ahora márchate allá dentro  
y en acostándose todos  
sírveté de algún pretexto  
y entra en mi alcoba, que allí  
te explicaré por extenso;

un plan que, ó mucho me engaño,  
ó ha de surtir buen efecto  
luego que se ponga en planta.

SIMON.

Válgate Dios, ¿ya tenemos  
plan en campaña?

D. ANSELMO.

Si amigo

y con él probar espero  
lo que vale un desengaño  
siempre que nos llega á tiempo.

SIMON.

Conque, hasta después.

D. ANSELMO.

Agur.

### ESCENA III.

DON ANSELMO *solo*.

D. ANSELMO.

Pues señor, ensayaremos  
la farsa, así como así  
nada se arriesga, y si puedo  
conseguir que mi sobrino  
se reconozca, no pierdo  
mi viaje, porque... mas calla  
¿no son aquellos los viejos  
que vienen sin duda alguna

en mi busca? si por cierto  
ellos son... ¡qué par de muebles  
para la feria! Eá, Anselmo,  
manos á la obra y de un golpe  
cuatro avechuchos matemos.

### ESCENA IV,

D. CLETO, DOÑA MARIA. y *dichos*

D. CLETO.

Amigo en busca de vd.  
venimos....

DOÑA MARIA.

Y en verdad, llenos  
de sobresalto....

D. CLETO.

Y de susto....

DOÑA MARIA.

Y de congoja....

D. CLETO.

Y de miedo....

D. ANSELMO.

¿Pues señores qué ha ocurrido?  
¿Habéis visto algun entierro?  
¿Está la gata de parto?

D. CLETO.

No señor, vd....

D. ANSELMO.

¡Yo!

D. CLETO.

Quiero  
decir que vd. es la causa  
de nuestro desasosiego.

D. ANSELMO.

¿Cómo y cuándo?

DOÑA MARIA.

Como vd.

Se salió del aposento  
en que estaba, de puntillas  
y sin decir nada, luego  
ya se ve, nos figuramos  
que estaba vd. malo, y....

D. CLETO.

Cierto.

DOÑA MARIA.

Y como precisamente  
nos estaba refiriendo  
el bueno de D. Simplicio  
aquel chistoso suceso  
de las catacumbas.... todos  
estabamos muy atentos  
y no vimos la salida,  
pero después....

D. ANSELMO.

Agradezco  
vuestro cuidado señores,

pero á fe de caballero,  
que nunca me ví mejor.

DOÑA MARIA.

Vaya vaya, no lo creo.

D. ANSELMO.

Pero....

DOÑA MARIA.

Si no puede ser.

D. ANSELMO.

Repito....

DOÑA MARIA.

Esos fingimientos  
son excusados amigo;  
vd. no puede estar bueno.

D. ANSELMO.

Muchas gracias

DOÑA MARIA.

El cansancio  
del viaje, el traqueteo,  
el olor de las posadas,  
y los malos alimentos,  
bastan sin duda ninguna  
para producir un ciento  
de enfermedades, y así  
no es extraño que....

D. ANSELMO.

Protesto  
de nuevo que mi salud....

001951

Doña MARIA.

No tal, fuera cumplimientos  
y confiese qué fué flato.

D. ANSELMO.

Jesús y qué sacrilegio,  
¡Flato!

Doña MARIA.

¿Por qué no?

D. ANSELMO.

Señora  
si he merendado un torresno  
en el pimer ventorillo,  
cómo quiere vd. . . .

Doña MARIA.

Pues ello,  
algo ha sido.

D. ANSELMO.

Ya se vé  
que ha sido; espero al arriero  
con alforjas y maletas,  
y sólo con el objeto  
de averiguar su llegada,  
dejé á vd.

Doña MARIA.

¿Y para eso  
estaba vd. tan solito,  
reflexivo y macilento  
cuando nosotros llegamos?

D. ANSELMO.

Mis órdenes di al efecto,  
y después entretenido  
con sólo mi pensamiento  
me detuve . . . .

Doña MARIA.

Basta, basta,  
que ya comprendo el misterio;  
sin duda algún cuidadillo . . . .

D. ANSELMO.

No faltan en el comercio  
cuidados . . . .

Doña MARIA.

Pues ya se vé;  
hacer con papel dinero,  
mire vd. si habrá qué hacer  
y en qué pensar.

D. ANSELMO.

Por supuesto;  
pero hablando con verdad,  
ahora estaba discurriendo  
en cosa bien diferente.

Doña MARIA.

Y dígame vd., ¿podemos  
saber en qué?

D. ANSELMO.

Sí señora  
pensaba en el casamiento  
de mi sobrino.

DOÑA MARIA

¿Y qué, acaso encuentra vd. que los genios no conforman?

D. ANSELMO

¿Quien dice tal?

DOÑA MARIA.

¿El apellido nuestro os disgusta? ¿sabe vd. que mi marido don Cleto, desiendo por linea recta de Juan Pérez el Gallego?

D. ANSELMO.

Para mí, señora mia, todos los Pérez son buenos.

DOÑA MARIA

Pues entonces ¿qué os asusta?

D. ANSELMO.

Nada; antes bien el objeto de mis reflexiones era de un carácter muy diverso, La risueña perspectiva de un enlace lisonjero que el amor ha preparado tan sin interés, confieso que me encanta.

DOÑA MARIA

Y con razón

D. ANSELMO.

Bien sé que algunos sujetos dirán que el novio es muy joven, que á su edad se está muy lejos de conocer los deberes de un estado tan perfecto; añadirán que no tuvo ni aun el necesario tiempo para apreciar el carácter de la novia; que sin estos requisitos, tal enlace carece de fundamentos sólidos, y de consiguiente está á mil riesgos expuestos: dirán tambien . . .

D. CLETO.

Pero usted . . .

D. ANSELMO.

Que los padres no debieron de ningún modo asentir á tan pueril devaneo; que pudieron evitarlo, y después no lo quisieron, son ellos los responsables de cuanto suceda luego.

DOÑA MARIA.

¿Pero vd. qué dice?

D. ANSELMO.

Nada,

si quien lo dicen son ellos;  
yo no.

DOÑA MARIA.

Ya; pero usted sabe  
muy bien, que el mundo está lleno  
de malas lenguas....

D. ANSELMO.

Sin duda.

DOÑA MARIA.

De malvados, de embusteros,  
y de gente que no mira  
sino su propio provecho,  
y después caiga el que caiga.

D. ANSELMO.

Por lo mismo los desprecio,  
y seguiré mi camino  
aunque rabien.

DOÑA MARIA.

Según eso  
¿habrá boda?

D. ANSELMO.

Si señora,  
y si es preciso bateo.

D. CLETO.

Me parece que los chicos  
lo desean y....

D. ANSELMO.

Hágase presto,  
no veo en eso inconveniente.

DOÑA MARIA.

Antes será muy bien hecho,  
porque siempre en tales casos  
lo más pronto es lo más bueno.

D. ANSELMO.

Dice bien esta señora.

D. CLETO.

Conque, ¿así los casaremos  
en esta semana?

D. ANSELMO.

Lindo.

D. CLETO.

Y mañana firmaremos  
el contrato, ¿eh?

D. ANSELMO.

Sí, cuanto antes;  
así, como así deseo  
salir del paso.

D. CLETO.

Y también  
nosotros.

D. ANSELMO.

Tengo un proyecto  
hace tiempo y no podía  
llevarlo á debido efecto  
en tanto que mi sobrino  
se hallaba libre y soltero;  
pero luego que le mire

establecido y contento,  
entonces será otra cosa.

DOÑA MARIA.  
Tenéis razón don Anselmo.

D. ANSELMO.  
El matrimonio es estado  
muy feliz.

DOÑA MARIA.  
Eso á don Diego,  
le he dicho más de cien veces.

D. ANSELMO.  
Tener uno en el objeto  
de su amor, quien le aconseje  
en los peligros y riesgos,  
quien le cuide en sus dolencias,  
quien sobre sí tome el peso  
de la casa, quien le mime,  
es en verdad mucho cuento.

DOÑA MARIA.  
¿Y por qué se deja vd.  
los chicos en el tintero?

D. ANSELMO.  
Cierto.

DOÑA MARIA.  
Mucho dan que hacer;  
sino que lo diga Cleto.

D. ANSELMO.  
No hay duda; debemos mucho  
á vuestro apreciable sexo.....

DOÑA MARIA.  
¡Cáspita! si nos debéis.

D. ANSELMO.  
Pues por mi parte protesto,  
manifestarle bien pronto  
todo mi agradecimiento.

DOÑA MARIA.  
¿Cómo?

D. ANSELMO.  
La amable Adelaida  
es un objeto tan bello,  
es tan dulce.

DOÑA MARIA.  
Si señor,  
lo mismo que un caramelo.

D. ANSELMO.  
La suerte de mi sobrino  
tan envidiable....

DOÑA MARIA.  
Doscientos  
se dieron por conseguirla,  
con un canto en ambos pechos.

D. ANSELMO.  
Así, pues, me decidí.

DOÑA MARIA.  
¡Ola!

D. CLETO.

¿Y á qué?

D. ANSELMO.

Dejo el comercio  
para siempre.

DOÑA MARIA.

¡Para siempre!

D. ANSELMO.

Si señora, que no quiero  
más riesgos ni más peligros.

DOÑA MARIA.

Muy bien hecho.

D. CLETO.

Muy bien hecho.

D. ANSELMO.

La vida de un comerciante,  
es una vida de perros;  
siempre pensando en borrascas,  
siempre á merced de los vientos,  
soñando quiebras y engaños,  
hoy muy rico, y sin dinero  
mañana, con crédito ahora  
y después burlado y preso.  
Comiendo sobre el bufete,  
sin tener otro paseo  
que el muelle, ni otra visita,  
que el corredor y el gallego.  
Por libros sólo el de caja,

por amigo el aduanero,  
la desconfianza por norte  
y el desengaño por premio.  
Piensa vd., Doña María,  
que puede vivir contento  
quien vive de esta manera?

DOÑA MARIA.

¡Ay amigo don Anselmo,  
mal haya amén quien le guste  
andar entre marineros!

D. ANSELMO.

No más especulaciones;  
realizaré mis efectos,  
y después me fijaré  
en la Corte.

DOÑA MARIA.

¡Pensamiento

lleno de nobleza!

D. CLETO.

¡Heróico

discurso!

D. ANSELMO.

Fincaré luego  
y fundaré mayorazgo.

DOÑA MARIA.

¿En Aragón?

D. ANSELMO.

Puede; es suelo  
muy feraz.

DOÑA MARIA.

Y muy cortés  
en sus leyes y sus fueros.

D. CLETO.

¡Vaya, vaya, un mayorazgo!

D. ANSELMO.

Aun hay más.

DOÑA MARIA.

¿Pues qué hay?

D. ANSELMO.

Que pienso  
comprar después, de Castilla  
un título.

D. CLETO.

No lo apruebo.

DOÑA MARIA.

Yo sí.

D. CLETO.

Por un pergamino  
dar diez ó doce mil pesos,  
no en mis días

DOÑA MARIA.

¿Y qué, no vale  
nada, tener tratamiento?

D. CLETO.

Nada; delirios humanos.

DOÑA MARIA.

No digas tal, que en el cielo  
hay también sus gerarquías,  
y....

D. ANSELMO.

No enfadarse por eso,  
la cosa no lo merece  
á la verdad; tengo medios  
sobrados, y puedo así  
tener un capricho.

D. CLETO.

Bueno,  
el que lo tiene lo tira.

D. ANSELMO.

Pretendo pasar el resto  
de mi vida descansado,  
vivir á lo caballero  
y no hacer nada. Una casa  
cómoda, un buen cocinero,  
berlina, amigos, criados,  
¡oh qué fortuna! y si encuentro  
una mujer....

DOÑA MARIA.

Mire vd.  
por si acaso que le advierto  
hay malísima cosecha  
ahora de amas de gobierno.

D. ANSELMO.

Y si encuentro una mujer  
con hermosura, talento.

y atractivo; verbigracia  
otra doña Adela, ciërro  
ambos ojos y me caso  
sin andarme en chicleos.

DOÑA MARIA

¡Qué se casa vd.! ¿y cómo?

D. ANSELMO.

Como se casó mi abuelo,  
lo mismo.

D. CLETO.

¿Y eso es de veras?

D. ANSELMO.

Si señor, no soy tan viejo  
que al fin y al cabo no pueda  
esperar un heredero.  
Nadie tiene más edad  
que la que demuestra, y creo  
según vdes. me han dicho  
antes, que no represento  
arriba de treinta.

D. CLETO.

Ya.

D. ANSELMO.

Estoy sano, bien dispuesto  
y... en fin seré buen easado,  
amigos, no lo dudemos.  
Pero dejemos aparte  
entretanto mi proyecto,  
y tratemos de los chicos;

¡pobrecillos! cuán inquietos  
estarán, voy á sacarles  
de la duda, sepan ellos  
la dicha que les espera  
y nuestro consentimiento.

DOÑA MARIA.

Esperad...

D. ANSELMO.

¡Qué disparate!  
si mañana los conciertos  
se firman, ¿por qué esta noche  
decírselo no podremos?  
Voy pues.

DOÑA MARIA.

Pero sí....

D. ANSELMO.

Venid

si gustáis, si no hasta luego.

### ESCENA V.

DOÑA MARIA Y DON CLETO.

DOÑA MARIA.

¿Don Cleto?

D. CLETO.

Doña María.

DOÑA MARIA.

¡Escuchaste?

D. CLETO.

¡Sí, por cierto.

DOÑA MARIA.

Y bien ¿qué dices?

D. CLETO.

Yo sólo  
que nos ha dejado frescos.

DOÑA MARIA.

¿Con que se casa?

D. CLETO.

Bien claro  
lo ha dicho.

DOÑA MARIA.

¿Entonces el necio  
del sobrino nada hereda?

D. CLETO.

Nada.

DOÑA MARIA.

¡Qué chasco tan fiero!

D. CLETO.

Terrible.

DOÑA MARIA.

Pobre Adelaida.

Y por este chuchumeco,  
ha perdido su acomodo  
con el anciano don Pedro.

D. CLETO.

Es verdad.

DOÑA MARIA.

Aquel al cabo  
esperaba un buen empleo  
en el ramo de la nieve  
y....

D. CLETO.

Marido veraniego,  
no es mucha pérdida.

DOÑA MARIA.

¡Sí,  
pero es peor no tenerlo,  
como nos sucede ahora,  
ni en verano ni en invierno.

D. CLETO.

¿Por qué te afliges María?  
no es el caso tan tremendo  
cual tú piensas. Diego al cabo  
tendrá entretanto alimentos  
como inmediato, y después  
quién sabe....

DOÑA MARIA.

Lindo consuelo,  
eso dura nueve meses.

D. CLETO.

¿Nada más?

DOÑA MARIA.

O quizá menos.

D. CLETO.

¿Y por qué?

DOÑA MARIA.

Porque ninguno  
suele correr tanto riesgo  
de ser padre antes de cuenta,  
como el que se casa viejo.

D. CLETO.

No te entiendo.

DOÑA MARIA.

¿Pues no ves,  
que si desperdicia el tiempo,  
en lugar de tornaboda  
suele encontrar torna entierro?

D. CLETO.

¿Y qué haremos?

DOÑA MARIA.

Qué sé yo.

D. CLETO.

No es justo sacrifiquemos  
la chica, con quien no tiene  
ni una blanca.

DOÑA MARIA.

Por supuesto;  
pero mira, se me ocurre  
en este mismo momento

una soberana idea;  
Don Anselmo está dispuesto  
á casarse; pero hasta ahora  
no se fijó en el objeto,  
según nos dijo.

D. CLETO.

Es verdad.

DOÑA MARIA.

También hizo sin rodeos  
mil elogios de Adelaida,

D. CLETO.

Cierto.

DOÑA MARIA.

Y si mal no me acuerdo,  
añadió que en encontrando  
una copia de tan bello  
original, la daría  
con su mano su dinero.

D. CLETO.

Sí, pero . . .

DOÑA MARIA.

Pues bien, que tome  
el original.

D. CLETO.

A el cielo  
pluguiese, mas no querrá.

DOÑA MARIA.

No sé por qué.

D. CLETO.

Por don Diego.

DOÑA MARIA.

Donde se mezcla el amor  
nada importa el parentesco.

D. CLETO.

Pero dí, ¿y su edad?

DOÑA MARIA.

Su edad  
si se casa es lo de menos,  
lo que importa es que se case.

D. CLETO.

Piensa entonces algún medio  
(ya que tú como mujer  
entiendes de casamientos)  
para salir del apuro.

DOÑA MARIA.

Mira hombre si tuviésemos  
la fortuna....

## ESCENA VI.

DON DIEGUITO y *dichos*.

D. DIEGUITO.

Señores,  
vengo loco de contento;  
mi tío....

DOÑA MARIA.

¡V! ya qué imprudencia  
tan grande! entrarse aquí dentro  
sin avisar.

D. DIEGUITO.

Es que el tío...

DOÑA MARIA.

Siempre vd. tuvo el defecto  
de meterse de rondón  
en mi cuarto, y es mal hecho,

D. DIEGUITO.

Perdone vd;  
pero el tío...

DOÑA MARIA.

Por mucho menos  
reñí yo con mi sobrino,  
y era todo un racionero,  
y al menos si no avisaba  
tosía.

D. DIEGUITO.

Hizo vd. bien, pero,  
es el caso que mi tío...

DOÑA MARIA.

Su tío de vd. es sujeto  
muy apreciable, y no puede  
enseñaros tan grosero  
método de introducirse.

D. DIEGUITO.

Ya, pero me dijo....

DOÑA MARIA.

Y luego

debió vd. de reparar  
que hablábamos en secreto....

D. DIEGUITO.

Cierto y yo....

DOÑA MARIA

Y vd. no debió  
interrumpirnos.

D. DIEGUITO.

Lo siento  
infinito....

DOÑA MARIA.

Es fuerte cosa  
que en mi casa, nunca puedo  
tener un momento mío.

D. CLETO.

Vámonos, pues, dulce dueño,  
que ya es hora de cenar,  
y en cenando, concluiremos  
el asunto principiado.

DOÑA MARIA.

Cuando estén todos durmiendo;  
porque si no, nunca faltan  
como el señor majaderos.

## ESCENA VII.

DON DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

¡Ola! pues dígole á usted  
que es bonito el cumplimiento!  
caramba con la señora,  
¡majadero á mí! me alegro  
como hay Dios, y yo venía  
tan alegre y satisfecho  
con lo que me dijo el tío....  
Si me habrá engañado....entremos  
á cenar que luego yo  
sabré apurar tal misterio.

